

primitiva con machete y arado de palo como únicos instrumentos de labranza. Esté fué la situación que afrontó Vasconcelos.

No deja de ser característico del México actual que Vasconcelos nunca haya sido maestro de escuela. Es abogado; ha escrito sobre política, filosofía y asuntos económicos. Ha sido primeramente un revolucionario, uno de los primeros protestantes, en nombre de la democracia, contra la tiranía autocrática y la brutalidad del régimen de Díaz. De haber sido un educador, quizá habría levantado sus manos. Fué un cruzado y vió tan sólo la necesidad y la tarea. Hoy, después de dos años de disputa apasionada, de esfuerzo intensivo, de empeño sobrehumano, de ensayo y error, un gran comienzo se ha iniciado.

El futuro de su país

DURANTE el medio año que pasé en México ví a menudo a Vasconcelos; fué una de las pocas personas, el único periodista, creo, que tuvo el privilegio de atravesar, acompañado de los varios mozos y secretarios, la oficina privada del Ministro. En esta amplia sala, de cien pies de largo, forrada de libros, los muros sobre los anaqueles y en los extremos lucientes los frescos del joven pintor mexicano, Roberto Montenegro, observé a menudo a Vasconcelos trabajando. Le oí asentir a la súplica de una delegación de campesinos de un disirito rural, que le explicaba la necesidad de una escuela más. Discutir la posibilidad de otra escuela nocturna en una de las secciones más pobladas de la ciudad; inspeccionar la última colección de modelos para un curso de arte para niños; seleccionar, para estímulo de los artistas jóvenes, su compra semanal de dos cuadros, de una gran variedad de pinturas al óleo, pasteles y acuarelas de paisajes mexicanos; discutir ardientemente con su autor el informe sobre algún nuevo método de instrucción. Conocí sus puntos de vista acerca de una gran variedad de asuntos, escuchando con atención, porque entre los centenares de hombres públicos de México, Vasconcelos es uno de la media docena que a mi juicio están desempeñando papeles primordiales, no sólo en la reconstrucción del país, sino en la modelación del futuro de una raza y en la ayuda a formar el destino de una mitad del hemisferio. Puede esto parecer extravagante, pero es mi convicción meditada. Especialmente parecería como lisonja para el que se encontrara por primera vez con Vasconcelos. Es desdeñoso, apuesto, de bigote tupido y recortado, de ojos pardos, bondadosos, de expresión y ademanes vivos. Fuera de la inteligencia aguda de su gesto, su aspecto no es impresionante. Su cara no es distintivamente mexicana. Es uno de esos tipos compuestos comunes a muchos países y profesiones. Podría ser un americano, un francés o un suizo; un profesor de colegio, un médico, un hombre de negocios o un artista. Carece en absoluto de pose o amaneramiento; es jovial y vivaz y en ocasiones irascible. Su

modo de ser es claro y su mente obra como un relámpago. Es uno de los dos o tres intelectuales más avanzados de la revolución mexicana; y, para estimarlo en nuestro idioma, fácilmente se halla entre los diez primeros de la América Latina. Habla el inglés correctamente.

«Nuestro problema educacional, me dijo, está íntimamente ligado a nuestro pasado. Nunca hemos tenido educación popular. Durante cincuenta años ha existido una ley de educación obligatoria, pero, como muchas de nuestras leyes, sólo ha estado en el papel. No había escuelas a las cuales enviar los niños. Además, en el interés de las clases gobernantes estaba mantener a las masas en la ignorancia».

Hace dos años que se comenzó la obra con empeño. La nueva ley de educación creó un ministerio de educación pública. Anteriormente hubo cierta supervisión federal sobre la educación, pero la tarea estaba confiada en su mayor parte a los estados y a los municipios. Bajo este sistema, antes de la revolución, la población escolar, que sería un veinte por ciento del total, alcanzó escasamente más de seis, y después de diez años de revolución descendió a menos de cinco. La nueva ley cambió la relación del gobierno federal y los estados con respecto a la educación. El nuevo ministerio creado por ella se divide en tres departamentos: escuelas, bibliotecas, bellas artes.

En la Ciudad de México—lugar de ostentación de la república en los últimos tiempos—«no había escuelas, me dijo Vasconcelos, sino para la mitad de la población escolar. La mayoría de los edificios eran enteramente inadecuados. Algunos, viejos conventos con cuartos como celdas, oscuros; otros, cayéndose a pedazos; la mayor parte desplomados. Fuera de la capital era peor».

En otra ocasión, en que juzgo hubo un momento de desconsuelo, me dijo; «A veces creo, en vista de la escasez de fondos, que sería mejor suspender toda enseñanza durante dos años y dedicar cada céntimo a construir. Así al menos tendríamos edificios que serían algo permanente. Como está la situación no podemos hacer una tarea completa en ninguna parte».

Pero mientras tanto, ha empezado a construir y lo hace con constancia. Aquí una escuela primaria, allá una escuela técnica, un gran edificio para el ministerio de educación y su personal, que se aumenta rápidamente.

Sin embargo, el espíritu del actual movimiento educacional se muestra quizá mejor en la campaña voluntaria contra el analfabetismo. Desde un principio se vió que cualquiera que fuera la adquisición provechosa para la educación, estaría muy lejos de la verdadera necesidad. Uno de los primeros pasos de Vasconcelos fué el llamamiento que hizo a los voluntarios en estos términos:

«Es deber moral de todos los ciudadanos que saben leer y escribir enseñar a sus semejantes. Llamamos en especial la atención de las mujeres que no trabajan en sus hogares o fuera de ellos, para que se dediquen a en-

señar a los niños, a los hombres y a las mujeres que sepan menos que ellas».

En otro llamamiento a los intelectuales jóvenes les preguntaba: «¿Qué harían si un peligro social, como la aparición de un tirano, o un peligro nacional, requiriese su denuedo? Me respondieron que acudirían a las armas; pues bien, se trata de una lucha mucho más noble que la triste necesidad de ir a matar hombres; se trata de ir a salvar hombres; no de apagar la vida, sino de hacerla más luminosa».

Un maestro de las viviendas

LOS llamamientos hallaron franca respuesta, pero no entre la clase desocupada; contestaron en su mayoría trabajadores que de alguna manera habían adquirido conocimientos de que carecían la mayor parte de sus semejantes. Algunos ejemplos de esfuerzo y devoción son ciertamente emocionantes. Al principio no existían materiales de ninguna clase; ví una niña de trece años que había reunido veinticinco niños en su mismo patio y con un pedazo de tiza trazaba letras y números sobre el muro de piedra. Otra de la misma edad, hija de un alfarero, enseñaba a leer y a escribir a ciento cincuenta niños. Estas eran apenas dos de varios centenares de la capital.

Junto con esta campaña se creaba un nuevo grupo de maestros, con propiedad llamados *misioneros*. «Necesitamos comenzar», me dijo Vasconcelos. «No podíamos esperar a que se construyeran escuelas en regiones remotas, montañosas e inaccesibles, en donde las viviendas de los nativos se hallan diseminadas en grandes áreas, y en donde en muchos casos, las escuelas son desconocidas. A estas regiones se consagraron hombres y mujeres que hablaran hasta donde fuera posible el dialecto nativo, para que enseñaran, no tan sólo las tres reglas, sino los principios esenciales de la vida, limpieza, orgullo cívico, cuidado de los niños, métodos mejores para utilizar las fuentes de riqueza de la localidad, agricultura, artes domésticas y oficios útiles».

«Verdad y trabajo», dijo Vasconcelos en una reciente circular a los maestros voluntarios, «debe ser nuestra más alta enseñanza; trabajo fecundo, útil no solamente para nosotros mismos sino para la comunidad. Enseñad con vuestro ejemplo el secreto de la felicidad, que, según Tolstoy, consiste en trabajar para el bienestar de los demás. Los maestros voluntarios, mejor que cualquier otro grupo de nuestros ciudadanos, están en condiciones de sentir y propagar esa enseñanza suprema. Este espíritu de ayuda mutua, este sentimiento para servir a los demás, este *ideal de servicio*, como dicen los anglo-sajones, debe ser inculcado como la primera y más importante de las enseñanzas morales».

Y los misioneros han ido a buscar. Internándose en las espesuras de los litorales, cabalgando a través de las áridas mesetas, en lo alto de las sierras, bajo las estrellas,